

El otro retrocedió dando carcajadas y aplaudiendo este gracejo ; luego, mirando alrededor, dijo :

— ¡Adiós, Robespierre !

— ¡Adiós, Marat ! respondió el otro, y se separaron.

CAPÍTULO XLV.

EL MATRIMONIO.

El mismo día de esta ejecución, á mediodía, salió el rey de su gabinete, en Versalles, y se le oyó despedir á M. de Provenza con estas palabras pronunciadas con rudeza :

— Hoy asisto á una misa de matrimonio ; así os ruego que no me habléis de casados malavenidos, porque sería de mal agüero para los nuevos esposos á quienes amo y protegeré.

El conde de Provenza frunció el entrecejo sonriendo, saludó profundamente á su hermano, y se retiró á sus aposentos.

El rey, siguiendo su camino en medio de cortesanos esparcidos por las galerías sonrió á unos y miró altivamente á otros, según los había visto propicios ú hostiles en la causa que el parlamento acababa de fallar.

Llegó así hasta el salón cuadrado en que estaba la reina elegantemente prendida y rodeada de las damas de honor y de sus gentileshombres.

María Antonieta, pálida bajo su colorete, escuchaba con afectada atención las dulces preguntas que madama de Lamballe y M. de Calonne le dirigían sobre su salud.

Pero á menudo miraba á hurtadillas hacia la puerta, buscando como alguno que tiene ansia de ver, y como el que tiembla de haber visto.

— ¡ El rey! anunció uno de los ujieres de cámara. Y en una oleada de bordados, de encajes y de luz, la reina vió entrar á Luis XVI, cuya primer mirada desde el umbral del salón fué para ella.

María Antonieta se levantó y dió tres pasos al encuentro del rey, el cual le besó cariñosamente la mano.

— ¡ Hoy estáis bella, maravillosamente bella, señora! dijo.

La reina se sonrió tristemente y buscó otra vez con una mirada vaga en medio de la comitiva aquel punto desconocido que hemos dicho buscaba.

— ¿ No están ahí nuestros jóvenes esposos? preguntó el rey. Me parece que van á dar las doce.

— Señor, respondió la reina haciendo un esfuerzo tan violento, que su colorete se resquebró en sus mejillas y se cayó en partes, sólo ha llegado M. de Charny, y aguarda en la galería que V. M. le mande entrar.

— Charny, dijo el rey sin notar el silencio expresivo que había sucedido á las palabras de la reina. ¿ Está ahí Charny? ¡ Que venga!

Se destacaron algunos gentileshombres para salir al encuentro de Charny.

La reina apoyó nerviosamente su mano contra el corazón y se sentó dando espalda á la puerta.

— Verdaderamente, son ya las doce, y la novia debiera estar aquí, repitió el rey.

Al pronunciar el rey estas palabras, se presentó M. de Charny en la entrada del salón, y como oyese las últimas frases, dijo al punto:

— Díguese V. M. excusar la tardanza involuntaria de la señorita de Taverny, pues desde la muerte de su padre no ha dejado la cama; hoy es la primera vez que se levanta, y ya habría cumplido con las órdenes del rey sin un desmayo que acaba de tener.

— ¡ Esa querida criatura amaba tanto á su padre! dijo en voz alta el rey; pero como halla un buen marido, esperamos que se consolará.

La reina escuchó, ó más bien oyó sin hacer ningún movimiento. Cualquiera que la hubiese seguido con la vista mientras hablaba Charny, habría visto retirársele la sangre, como un nivel que baja, de su frente al corazón.

El rey, notando la grande afluencia de nobleza y clero que llenaba el salón, levantó súbitamente la cabeza y dijo:

— M. de Breteuil, ¿ habéis despachado la orden de destierro para Cagliostro?

— Sí, señor, respondió humildemente el ministro.

Un soplo de pájaro dormido habría turbado el silencio de la asamblea.

— Y esa La Motte, que se supone de Valois, prosiguió el rey con voz fuerte, ¿ no es hoy cuando la marcan?

— En este momento, señor, ya debe estar hecho, respondió el guarda-sellos.

Los ojos de la reina chispearon, y circuló en el salón un murmullo que quería ser de aprobación.

— Al señor cardenal le disgustará mucho el saber que han marcado á su cómplice, prosiguió Luis XVI con una tenacidad de rigor que jamás se había notado en él, hasta después de este negocio.

Y dicha esta palabra *su cómplice*, dirigida á un acusado á quien el parlamento acababa de absolver, palabra que infamaba al ídolo de los parisienses; dicha esta palabra que condenaba como ladrón y falsario á uno de los primeros príncipes de la Iglesia, á uno de los primeros príncipes franceses, el rey, como si hubiese enviado un desafío solemne al clero, á los nobles, á los parlamentos, al pueblo, para sostener el honor de su mujer, paseó en derredor suyo una mirada llena de esa cólera y esa majestad que nadie había sentido en Francia, desde que los ojos de Luis XIV se cerraron para el eterno sueño.

Ni un solo murmullo, ni una palabra de asenso acogieron esa venganza que el rey tomaba de todos cuantos habían conspirado para deshonar la monarquía. Entonces se acercó á la reina que le tendía ambas manos con la efusión de una honda gratitud.

En ese momento aparecieron en el extremo de la galería Mlle de Taverny con el vestido blanco de desposada, y con un rostro pálido como un espectro, y Felipe de Taverny su hermano que le daba la mano.

Andrea se adelantaba con paso rápido, las miradas turbadas y el pecho palpitante; no veía ni oía: la mano de su hermano le daba la fuerza y el valor y le imprimía la dirección.

La multitud de los cortesanos se sonrió al pasar la desposada; todas las mujeres se colocaron detrás de la reina, y todos los hombres detrás del rey.

El bailfo de Suffrén, llevando de la mano á Olivier de Charny, salió á recibir á Andrea y su hermano, los saludó, y se confundió en el grupo de los amigos particulares y los parientes.

Felipe prosiguió su camino sin que sus ojos se hubiesen encontrado con los de Olivier, y sin que la presión de sus dedos hubiese advertido á Andrea que debía levantar la cabeza.

Cuando llegó delante del rey, estrechó la mano de su hermana, y ésta, como una muerta galvanizada, abrió sus grandes ojos y vió á Luis XVI que le sonreía bondadosamente.

Andrea saludó en medio del murmullo de los circunstantes que aplaudían su hermosura.

— Señorita, dijo el rey cogiéndole la mano, habéis debido aguardar que acabase vuestro luto para casaros con M. de Charny; tal vez yo no os habría pedido que aceleraseis vuestro matrimonio, y vuestro futuro esposo, á pesar de su impaciencia, os habría permitido tomar aún un mes de espera; porque, según dicen, vos sufrís, y eso me affige, pero debo asegurar la felicidad de los buenos nobles que me sirven como M. de Charny, y si no os hubieseis casado hoy, no habría asistido yo á vuestro matrimonio, pues parto mañana para viajar por Francia con la reina. Así, tendré el placer de firmar vuestro contrato hoy, y de veros casada en mi capilla. Saludad á la reina, y dadle gracias; porque S. M. ha sido muy bondadosa hacia vos.

Y diciendo esto, condujo á Andrea adonde estaba María Antonieta.

Ésta se había levantado, con trémulas piernas y las manos heladas: no osó alzar los ojos, sólo vió alguna cosa blanca que se acercaba, y se inclinó ante ella.

Era el vestido de novia de Andrea.

El rey puso al punto la mano de la novia en la de Felipe, dió la suya á María Antonieta, y dijo en voz alta : Señores, á la capilla.

En esto, toda la comitiva pasó silenciosamente detrás de Sus Majestades para ir á la capilla.

La misa principió inmediatamente. La reina la oyó inclinada sobre su reclinatorio y la cara sepultada en sus manos ; oró con toda su alma, con todas sus fuerzas, y dirigió al cielo votos tan ardientes, que el soplo de sus labios devoró la huella de sus lágrimas.

Charny, pálido y hermoso, sintiendo sobre sí el peso de todas las miradas, estuvo severo y bravo, como cuando estaba á bordo y en medio de los torbellinos de llamas y de los huracanes de la metralla inglesa, sólo que sufrió mucho más.

Felipe, con los ojos clavados en su hermana, á quien veía estremecerse y vacilar, parecía pronto á prestarle el socorro de una palabra, de un gesto de consuelo ó amistad.

Pero Andrea no se desmintió, permaneció con la cabeza levantada, respirando á cada minuto su pomito de sales, moribunda y vacilante como la llama de un cirio, pero en pie y perseverando en vivir por la fuerza de su voluntad.

Ésta no dirigió plegarias al cielo ; ésta no hizo votos por el porvenir, pues no tenía nada que esperar ni temer ; no era nada de los hombres, nada de Dios.

Cuando el sacerdote hablaba, cuando sonaba la campanilla sagrada, cuando se celebraba cerca de ella el misterio divino, Andrea se decía :

— ¿ Soy siquiera una cristiana ? ¿ soy un ser como los otros, una criatura semejante á las demás ? ¿ Me has criado

por compasión, tú que eres Dios soberano, árbitro de todas las cosas ? ¿ Tú que eres justo por excelencia y que siempre me has castigado sin que yo hubiese pecado ? ¿ tú que eres el Dios de paz y amor, y á quien debo el vivir en la turbación, entre cólera y venganzas sangrientas ? ¿ tú á quien debo el tener por mi más mortal enemigo al solo hombre á quien he amado ?

— ¡ No, prosiguió, no ; las cosas de este mundo y las leyes de Dios no me conciernen ! Sin duda he sido maldita en el vientre de mi madre, y al nacer he sido puesta fuera de la ley !

Luego, volviendo á su pasado doloroso :

— ¡ Extraño, es extraño ! murmuraba. Hay aquí cerca de mí un hombre cuyo solo nombre me hacía morir de felicidad. Si ese hombre hubiese venido á pedirme por mí misma, habría yo tenido que arrojarme á sus pies y pedirle perdón por *mi falta de otro ti empo*, por la que no fué mi falta, ¡ Dios mío ! y ese hombre que yo adoraba, tal vez me habría rechazado. He aquí que hoy ese hombre se casa conmigo, y es él quien vendrá á pedirme perdón de rodillas ! ¡ Es extraño ! ¡ Oh, sí, muy extraño !

En este momento, la voz del celebrante resonó en su oído, diciendo :

— Santiago Olivier de Charny, ¿ tomáis por esposa á María Andrea de Taverney ?

— Sí, respondió con voz firme Olivier.

— Y vos, María Andrea de Taverney, ¿ tomáis por esposo á Santiago Olivier de Charny ?

— ¡ Sí !... respondió Andrea con una entonación casi salvaje que hizo temblar á la reina, y estremecerse más de una mujer del auditorio.

Entonces Charny puso el anillo de oro en el dedo de su mujer, deslizándose este sin que Andrea hubiese sentido la mano que se lo ofrecía.

A muy luego se levantó el rey: la misa estaba acabada; y todos los cortesanos fueron á saludar en la galería á los dos esposos.

M. de Suffrén había tomado al volver la mano de su sobrina, y le prometía en nombre de Olivier la felicidad que ella merecía.

Andrea dió las gracias al bailío, sin dejar el ceño, y sólo rogó á su tío que le condujese pronto á presencia del rey para darle las gracias, porque se sentía débil.

Al mismo tiempo una espantosa palidez invadió su cara. Charny la vió de lejos, sin osar acercarse á ella.

El bailío atravesó el gran salón, y condujo á Andrea á la presencia del rey, que la besó en la frente y le dijo:

— Señora condesa, pasad al cuarto de la reina; pues S. M. quiere haceros el regalo de boda.

Y dichas estas palabras que creía llenas de amabilidad, el rey se retiró seguido de toda la corte, dejando á la novia tuera de sí y desesperada, cogida del brazo de Felipe.

— ¡Oh! ¡esto es demasiado! murmuró Andrea. ¡Es demasiado, Felipe! ¡Sin embargo, me parecía que había sufrido bastante!

— ¡Ánimo, querida hermana! ¡Esta prueba aún! le dijo en voz baja Felipe.

— ¡No, no, no podría! respondió Andrea. Las fuerzas de una mujer son limitadas; tal vez haré lo que se me pide; pero reflexiónalo, Felipe, si *ella* me habla, si *ella* me cumplimenta, ¡me muero!

— ¡Morirás si es preciso, querida hermana! dijo el jo-

ven; y entonces serás más feliz que yo, porque yo quisiera estar muerto!

Y pronunció estas palabras con acento tan sombrío y doloroso, que Andrea, como si la hubiesen desgarrado con un agujón, se lanzó adelante y penetró en el cuarto de la reina.

Olivier la vió pasar, se arrimó á las tapicerías para no rozar su vestido al pasar, y se quedó solo en el salón con Felipe, bajando la cabeza como su cuñado, y aguardando el resultado de aquella entrevista de la reina con Andrea.

Esta halló á María Antonieta en su gran gabinete. Á pesar de la estación, en el mes de junio, la reina había mandado encender fuego, y estaba sentada en su sillón con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, las manos juntas, y tiritando.

Madama de Misery, que había introducido á Andrea, entornó las mamparas, cerró las puertas y salió del aposento.

Andrea en pie, trémula de emoción y de cólera, y también de debilidad, aguardaba con la vista baja que una palabra llegase á su corazón; aguardaba la voz de la reina como la sentenciada aguarda el hacha que debe tronchar su vida.

De seguro que si María Antonieta hubiese abierto la boca en este momento, Andrea, quebrantada como estaba, habría sucumbido antes de comprender ó responder.

Un minuto, un siglo de ese terrible dolor, trascurrió antes que la reina hiciese un movimiento.

En fin, se levantó apoyándose con ambas manos en los brazos de su sillón, y tomó de la mesa un papel que sus dedos vacilantes dejaron escapar muchas veces.

Luego, marchando como un espectro sin que se oyese otro ruido que el roce de sus vestidos, se dirigió con los brazos tendidos hacia Andrea y le entregó el papel sin pronunciar una palabra.

Entre aquellos dos corazones, la palabra era superflua : la reina no tenía necesidad de provocar la inteligencia de Andrea, y Andrea no podía dudar un momento de la grandeza de alma de la reina.

Cualquiera otra habría supuesto que María Antonieta le ofrecía una viudedad, ó la firma de una escritura de propiedad, ó bien el nombramiento de algún empleo en la corte.

Andrea adivinó que el papel contenía otra cosa ; lo tomó, y sin moverse del sitio que ocupaba, se puso á leerlo.

El brazo de María Antonieta se dejó caer, y sus ojos se levantaron lentamente sobre Andrea.

« Andrea, había escrito la reina, me habéis salvado. Mi honor me viene de vos, mi vida es vuestra. En nombre de este honor que tan caro os cuesta, os juro que podéis llamarme vuestra hermana. Probadlo, y no me veréis ruborizarme.

» Pongo este escrito en vuestras manos : es la prenda de mi gratitud, es la dote que os doy.

» Vuestro corazón es el más noble de todos los corazones, y me agradecerá el presente que os ofrezco.

» *Firmado*: MARÍA ANTONIETA DE LORENA DE AUSTRIA. »

Andrea, á su vez, miró á la reina, y la vió con los ojos rasados de lágrimas y la cabeza aturdida aguardando una respuesta.

Atravesó lentamente la cámara, fué á quemar en un fuego casi apagado el billete de la reina, y saludando profundamente, sin articular una palabra, salió del gabinete.

María Antonieta dió un paso para detenerla ó para seguirla, pero la inflexible condesa, dejando la puerta abierta, fué á reunirse con su hermano en el salón inmediato.

Felipe llamó á Charny, y le tomó la mano que él puso en la de Andrea, mientras que desde el umbral del gabinete, detrás de la mampara entreabierta, la reina presenciaba aquella escena dolorosa.

Charny se fué como el desposado de la muerte conducido por su lívida esposa, y se fué mirando hacia atrás la pálida figura de María Antonieta que le vió paso á paso desaparecer para siempre : á lo menos, la reina así lo creía.

Á la puerta del palacio aguardaban dos sillas de posta ; Andrea subió á una de ellas, y como Charny se dispusiese á seguirla :

— ¿ Caballero, le dijo le nueva condesa, creo que partís para la Picardía ?

— Sí, señora, respondió Charny.

— Y yo parto para el país donde murió mi madre, señor conde. ¡ Adiós !

Charny se inclinó sin responder. Los caballos se llevaron á Andrea sola.

— ¿ Os quedáis conmigo para anunciarme que sois mi enemigo ? dijo entonces Olivier á Felipe.

— No, señor conde, replicó éste ; vos no sois mi enemigo, puesto que sois mi cuñado.

Olivier le alargó la mano, subió á su vez al segundo carruaje, y partió.

Cuando Felipe quedó solo, se retorció un momento los brazos con la angustia de la desesperación, y con voz ahogada exclamó :

— ¡ Dios mío ! á los que cumplen su deber en la tierra,

¿ les reserváis un poco de gozo en el cielo ? ¡ Gozo !.. añadió con voz sombría mirando por última vez hacia el palacio... ¡ Yo hablo de gozo !... ¡ Para qué !... Sólo deben esperarlo en la otra vida los que han de hallar allí los corazones que los amaban !... ¡ A mí, nadie me amó aquí en la tierra ! ¡ no he tenido siquiera como ellos el consuelo de desear la muerte !

Luego, lanzó hacia el cielo una mirada sin hiel, una dulce reconvención de cristiano cuya fe vacila, y desapareció, como Andrea y como Charney, en el último torbellino de aquel huracán que acababa de desarraigar un trono, pulverizando tantos honores y tantos amores.

FIN DEL TOMO CUARTO Y ÚLTIMO.

Esta obra tiene por continuación:

Angel Pitou.
La Condesa de Charney.

INDICE

DEL TOMO CUARTO

CAPÍTULO XVI. — Mujer y demonio.....	5
CAP. XVII. — La noche.....	15
CAP. XVIII. — La licencia.....	24
CAP. XIX. — Los celos del cardenal.....	34
CAP. XX. — La fuga.....	50
CAP. XXI. — La carta y el recibo.....	61
CAP. XXII. — Rey no puedo, príncipe no quiero, pues Rohán me quedo.....	69
CAP. XXIII. — Esgrima y diplomacia.....	79
CAP. XXIV. — Caballero, cardenal y reina...	88
CAP. XXV. — Explicaciones.....	96
CAP. XXVI. — El arresto.....	104
CAP. XXVII. — Las sumarias.....	115
CAP. XXVIII. — Última acusación.....	124
CAP. XXIX. — Petición en matrimonio.....	133
CAP. XXX. — San Dionisio.....	141
CAP. XXXI. — Un corazón muerto.....	149
CAP. XXXII. — En que se explica por qué engordaba el barón.....	158